

dice que esto es agua de cerrajas. Si algo sucede, ya verá V. como es un aborto.» El 16 de setiembre telegrafiaba al gobernador civil de Cádiz, «que era infundado lo que se temía de los comandantes, oficiales y tripulaciones de los buques, teniendo el gobierno la seguridad de que esta misma fuerza sería la que mas contribuiría á reprimir y castigar cualquier rebelion; que procurase medidas de tranquilidad, y estuviese seguro que nadie vendría de Canarias é Inglaterra, ni de parte alguna, y que el gobierno estaba por momentos enterado de todo cuanto se hacia é intentaba en todas partes, y la seguridad con que hasta ahora habia desbaratado todos los planes mejor combinados, era una garantía de su acierto en esta ocasion.» Insistió el gobernador civil en la evidencia de la insurreccion, y el gobierno en su confianza: llegó hasta resignar el mando en la autoridad militar en la mañana del 18, y aun le telegrafiaba el presidente del Consejo, «que no pasara mas adelante en las disposiciones que habia tomado, por estar perfectamente seguro que la agitacion que allí notaba no era otra cosa sino que se empiezan á conocer planes que pueden decirse abandonados ya. El gobierno tiene informes seguros sobre esto... Recomiendo á V. mucho que no demuestre la menor sospecha de los comandantes de los buques de guerra, de la marina en general, pues el gobierno tiene absoluta confianza en su honor y lealtad, dígase lo que se quiera en contrario, y antes bien, si las circunstancias lo exigieran, acuda V. E. reclamando su cooperacion para sostener el órden publico, en la seguridad de que la obtendrá. Vea V. E. al Capitan general de ese departamento de marina y entérole de este despacho.»

Podía explicarse esta obcecacion del gobierno en las seguridades que se le hacian concebir; pero apenas se comprenden las circulares reservadas que dirigía al mismo tiempo á los gobernadores civiles para que vigilaran á los capitanes generales, siendo esto causa de bien deplorables escenas en Cataluña.

Tambien del extranjero se avisaba al gobierno los trabajos revolucionarios. Entre los telégramas que envió nuestro representante en Bruselas, es notable el que bajo el concepto de muy reservado, decia que la legacion austriaca iba á mandar publicar en los periódicos de aquella capital lo siguiente: «Segun noticias muy fidedignas, el duque de Montpensier ha tomado parte en una conspiracion antidinástica. Su Alteza su esposa, será reina de España. El duque se dirigirá á Prusia para conseguir un apoyo y fondos secretos.»

El gobierno tenia confianza en que carecian de fondos los revolucionarios, y no tuvieron muchos en efecto, pero no les faltaron los necesarios, facilitando Montpensier algunos (1) que ascenderian á tres millones de reales.

Desde los encantadores jardines de la Granja, se habia trasladado la Reina á Lequeitio, donde algunos pensaron apoderarse de ella obligándola á abdicar en favor de su hijo; pero no se prestaron á ejecutarlo los que habian de hacerlo: la dispensaron las mas delicadas muestras de respeto y adhesion á bordo de la *Zaragoza*, cuando estuvo á visitarla, y si prevenida entró en el buque, salió tan satisfecha que manifestó á Gonzalez Brabo lo infundado de las sospechas que de los marinos se tenian, á quienes obsequió con un banquete.

Esta confianza prolongaba la estancia de la corte en la

(1) Ya hemos dicho en otra obra que don Cipriano del Mazo, que hoy ocupa un elevado puesto diplomático, manejó los primeros fondos que para la revolucion facilitó el duque de Montpensier. Cuando aquel comisionado vió en Londres á Prim, manifestóle este necesitar seis millones de reales si habia de comprar un vapor ó cuatro si se le facilitaba; así se le expuso al duque que envió solo cien mil francos, desdeñados por Prim, que indicó no se contara con él para conquistar con tal cantidad un trono como se proponia el que la facilitaba.

«Fué el Sr. Mazo tan escrupuloso depositario de esta cantidad que al pedirle primero Escoda 5,000 francos y despues Moriones 25,000, no los entregó por no presentarle ninguno de estos señores carta del general Prim, aunque decian que iban de su órden. De la de los generales Córdova y Dulce facilitó unos 80,000 francos á don Dionisio Lopez Roberts, para la junta de Madrid, y otras atenciones. De todo presentó Mazo la cuenta justificada enviando de su peculio los gastos de viaje, etc.»

Montpensier envió tambien á Madrid otros 100,000 francos y á Santander y otros puntos.

costa cantábrica, y agujoneaba á los revolucionarios á emprender el movimiento antes que la abandonara, pues temian que regresando la Reina á Madrid peligraria su vida, lo cual se queria evitar. No era Topete el menos interesado en esto; arreció en sus trabajos, y con fondosfacilitados por Montpensier envió un vapor á Prim. Al mismo tiempo, Paul y Angulo y otros, con el producto de una suscripcion, fletaban otro vapor tambien para Londres, que fué en el que se embarcó, no aceptando el enviado por Topete.

A Canarias fué el vapor *Buenaventura* donde tomó á los generales en la oscura noche del 14 de setiembre.

CAPITULO V

Pronunciamiento de la Marina.—Declaraciones.—Alcolea.—Triunfo de la Revolucion.

Habia llegado el momento deseado por unos, temido por otros y desdenado por la Reina y el gobierno.

En la extensa bahía de Cádiz se reunieron las fragatas de guerra *Zaragoza*, *Tetuan*, *Villa de Madrid* y *Lealtad*; los vapores *Ferrol*, *Vulcano* é *Isabel II*; las goletas *Edetana*, *Santa Lucía*, *Concordia* y *Ligera*, y los trasportes urca *Santa María* y vapor *Tornado*: en su puesto los jefes Topete, Malcampo, Barcáiztegui, Arias, los Guerras, Uriarte (don Florencio), Montojo, Pardo, Pilon, Vial, Pastor y Landero y Oreiro (2); y la insignia almirante en la *Zaragoza*. Solo se esperaba la llegada de los generales, cuya tardanza impacientaba á Topete, sabedor de que las autoridades de Sevilla y Cádiz nada ignoraban.

El primero que llegó, no sin vencer grandes dificultades, fué Prim con Sagasta, Zorrilla, Merelo y Paul y Angulo. Se habia embarcado el 12 en Southampton en la Mala de las Indias, llegó felizmente á Gibraltar el 17 en el vapor *Delta*, disfrazado de ayuda de cámara de los condes de Bar, con traje de librea y en cámara de segunda clase; se propuso esperar, obedeciendo á Topete, la llegada de los generales de Canarias, para presentarse todos juntos á la marina y dar el grito, pero al saber que en Cádiz habia comocion, que las autoridades tomaban sus medidas, y la *Ligera* vigilaba la mar, se decidió á arrostrarlo todo, ayudó grandemente á su propósito el entusiasmo del opulento inglés Mr. Bland que dió su vapor *Adelia*, y quiso acompañar á Prim, que aquella misma tarde se embarcó con Sagasta, Ruiz Zorrilla y Paul y Angulo.

Vagando en la bahía de Cádiz, con noche oscura y mar gruesa, separados los buques de la escuadra, dudando y temiendo, resolvió Prim ir á la *Zaragoza* y entregarse confiado á Topete. La fortuna les deparó una lancha de la *Zaragoza* con Malcampo, les dirigió á la fragata, se abrazaron Prim y Topete, y como hasta entonces ni se habian tratado, ni aun puéstose de acuerdo para una empresa tan importante como la que acometian, al quedar solos, expuso Topete las luchas que habia tenido consigo mismo en la alternativa de ser fiel á la patria ó á la Reina, sacrificando al optar por la primera las afecciones personales que á la segunda le ligaban; que no queria servir á ningun partido político, sino al restablecimiento de una verdadera monarquía constitucional. colocando en el trono á doña María Luisa Fernanda, y que solo reconocia como jefe en la revolucion al duque de la Torre.

Importándole poco á Prim el puesto que se le señalara, sin aspirar á preferencias, expuso su desinterés, y sus luchas tambien de años enteros, para evitar la caida de la Reina, á la que se reconocia personalmente deudor de muy singulares atenciones, é infructuosos sus esfuerzos se habia visto obligado á sacrificarlo todo por la felicidad de la patria; que no era contrario á la Infanta doña Luisa, pero por respetos á esta misma señora le parecia inconveniente lanzar su nombre á la publicidad, debiendo reservarse este asunto á las Cortes constituyentes.

No era difícil la armonía entre ambos pareceres, cuando tanto apremiaba el tiempo; así que en la madrugada del 18 convinieron con Sagasta y Zorrilla, iniciar el movimiento sin

(2) El único que no estaba en antecedentes de lo que se trataba era don Vicente Montojo, comandante de la *Ligera*.

esperar á los generales de Canarias, asumiendo Prim interinamente el mando. Presentado este á la escuadra, que se colocó frente al puerto en órden de combate, reconocieronle todos, arengó Topete á la tripulacion, victoreó á la libertad, y con 21 cañonazos anunció la *Zaragoza* el destronamiento de doña Isabel II, realizado por toda la escuadra.

Tan importante y esperado acontecimiento lo explicó Topete á los gaditanos en una proclama, en la que, despues de reseñar los abusos del poder y los males que sufría la patria, sin poderlos remediar por los medios legales, exponia sus aspiraciones, que eran: la armonía de los poderes legítimos en la órbita que la constitucion les señalara; que las Cortes constituyentes restablecieran la verdadera monarquía constitucional; que se respetasen los derechos de los ciudadanos, y que se moralizase la hacienda, modificando gravámenes, extinguendo restricciones, dando amplitud al ejercicio de toda industria lícita y ancho campo á la actividad individual y al talento; manifestaba por último que no procedía la marina por afecto á partido determinado, pues á ninguno pertenecía; que tomaran los demás cuerpos militares, los hombres de Estado, el pueblo, la bandera que ellos habian izado, pidiendo solo plaza de honor en el combate para defender el pabellon hasta fijarlo, cuya satisfaccion y la de sus conciencias, eran las únicas recompensas á que aspiraban.

Al desembarcar Prim con Topete en Cádiz en la madrugada del 19, tambien dirigió una alocucion á los españoles, llamándoles á las armas por haber llegado á su límite la paciencia de los pueblos y sonado la hora de la revolucion; que con liberalismo y sensatez se hubiera podido pacíficamente transformar el país; pero la arbitrariedad y la inmoralidad, que empezaba á infiltrarse en la organizacion de la sociedad despues de haber emponzoñado la gobernacion del Estado, convirtiendo la administracion en granjería, la política en mercado y la justicia en escabel de asombrosos encumbramientos, habian hecho tardías é imposibles tan saludables concesiones; que todos los liberales borrasen durante la batalla sus diferencias y no hubiese mas bandera que la regeneracion de la patria; que se destruyera súbitamente lo que el tiempo y el progreso debieron transformar, sin aventurar por de pronto soluciones que eventuales circunstancias podian hacer irrealizables en el porvenir, ni prejulgar cuestiones que, debilitando la accion del combate, menoscabarian la soberanía de la nacion; y cuando la calma renaciese y la reflexion sustituyera á la fuerza, los partidos podrian desplegar sin peligro sus banderas, y el pueblo, en uso de su soberanía, podria constituirse como lo juzgase conveniente, buscando en el sufragio universal todas las garantías que á sus libertades y derechos creyesen necesarias. Victoreaba á la libertad y á la soberanía nacional.

Por la tarde llegó á Cádiz el *Buenaventura* con los generales procedentes de Canarias. Topete se apresuró á exponerles sus compromisos por la duquesa de Montpensier, mas poco dispuestos á abordar esta cuestion, contestó el duque de la Torre que lo primero era vencer y despues se trataria del asunto. No se presentaba el menor obstáculo á la revolucion, que fué cundiendo por toda Andalucía (1). Aunque Topete habia publicado su proclama, creyeron necesario los generales dar un manifiesto, cuyas bases convinieron, encomendando su redaccion á don Adelardo Lopez de Ayala. En él se decia que, al negar la obediencia al gobierno se interpretaba el sentimiento de los ciudadanos que en el dilatado ejercicio de la paciencia, no hubiesen perdido el sentimiento de la dignidad; que no dependrian las armas hasta que la nacion recobrara su soberanía, manifestase su voluntad y se cumpliera; enumeraba los vicios de la administracion; presentaba la hacienda como «pasto de la inmoralidad y del agio, tiranizada la enseñanza, muda la prensa, y solo interrumpido el universal silencio por las frecuentes noticias de las nuevas fortunas improvisadas, del nuevo negocio, de la nueva real órden encaminada á defraudar el tesoro público, de títulos de Castilla vilmente prodigados, del alto precio á que lograban

(1) El regimiento de artillería que guarnecia á Cádiz no quiso pronunciar, y con todos los honores de guerra se trasladó á la *Almansa*.

su venta la deshonra y el vicio;» que bastaba de escándalos; que al lanzar la marina, siempre extraña á nuestras diferencias, el primer grito, demostraba que no era un partido el que se quejaba; que no se trataba de deslindar los campos políticos, sino de pelear por la existencia y el decoro, queriendo una legalidad comun; que el encargado de observar la Constitucion no fuera su enemigo irreconciliable; que las causas que influian en nuestras supremas resoluciones se pudieran decir en alta voz delante de nuestras madres, de nuestras esposas y de nuestras hijas; vivir la vida de la honra y de la libertad; que un gobierno provisional asegurase el órden, mientras el sufragio universal echaba los cimientos de nuestra regeneracion social y política, para lo que se contaba con el concurso de todos los liberales, de las clases acomodadas, de los amantes del órden, con los partidarios de las libertades individuales, con los ministros del altar, interesados en cegar en su origen las fuentes del vicio y del mal ejemplo; con el pueblo todo, y con la aprobacion de la Europa, porque España no habia de vivir envilecida; rechazaba el nombre de rebeldes, porque no lo eran los que devolvian á las leyes el respeto perdido; llamaba á las armas y victoreaba á España con honra. Tal era el manifiesto que sintetizó la revolucion, declarando las causas que la motivaron y el objeto que se proponia.

Topete quedó en Cádiz frente de la flota que allí se formó; Serrano marchó á Sevilla, ya pronunciada, y Prim con tres fragatas á recorrer las costas del Mediterráneo hasta Cataluña.

El manifiesto de Cádiz fué verdaderamente una tea incendiaria, que satisfacía generales aspiraciones; pero no podia menos de ser un desengaño para el duque de Montpensier, aunque confiara en el desenvolvimiento de los sucesos. Todo lo que no fuera haber declarado desde luego el reinado de la infanta, era alejarla de su elevacion al trono: habia, pues, que encauzar la revolucion por tal derrotero; y así debió comprenderlo Montpensier al adherirse al movimiento, pedir un puesto en la escuadra, ó en el ejército, no como infante sino como español, y triste debió parecerle la unánime contestacion de los generales dándole las gracias y oponiéndose á la aceptacion de su ofrecimiento por razones de alta política. No carecia de altas influencias por él interesadas; pero le faltaba la principal, la popular, que no se le mostró propicia.

El comité de Madrid, que tenia buenos servidores en telégrafos, sabia cuantas noticias se comunicaban al gobierno, por lo que pudo dar avisos útiles. Recibió al mismo tiempo que el ministerio el parte del pronunciamiento efectuado en Cádiz; á su virtud, empezó la publicacion de un boletín revolucionario; envió comisionados á secundar el movimiento; nada pudieron hacer los demócratas en Zaragoza y Valladolid; en Santander y Santoña se realizó el pronunciamiento por estar bien preparado, y fué cundiendo aunque lentamente á otros puntos la revolucion, pero no de la manera explosiva que se temia.

Reunidos los ministros que residian en Madrid, mandaron publicar solemnemente la ley marcial. Gonzalez Brabo les hacia falta, le suplicaron que viniese; mas ya le habia reemplazado en la presidencia del ministerio el marqués de la Habana, que convocó una junta de generales, á cuya virtud se destinó á Novaliches á Andalucía, á Calonge á Castilla la Vieja, encomendóse á Pezuela la corona de Aragon y al marqués del Duero el mando de Castilla la Nueva.

Restablecida por Calonge la autoridad del gobierno en Santander, despues de un porfiado combate en las calles de la ciudad, y dejado en Santoña el foco de la insurreccion, volvió Calonge á Valladolid; fué rechazado el brigadier Nanneti en Béjar al cabo de ocho horas de rudo bregar, y temiéndose pronunciamientos en todas partes, apenas podian operar las escasas fuerzas con que para ello contaba Calonge.

En Andalucía estaba la base de la revolucion y el verdadero peligro para el gobierno. Prim encontró pronunciada Málaga; en Granada chocó el pueblo con la tropa y se abrazaron despues; Almería dió el grito al avistar la escuadra; unióse á esta en Cartagena la fragata *Princesa de Asturias*, y el general que mandaba aquella plaza, se retiró con la garnicion, que le abandonó antes de llegar á Murcia; y esta provincia, y

las de Alicante y Valencia, secundaron la revolución levantando numerosas partidas.

La revolución contaba en Sevilla con los jefes militares Izquierdo y Peralta, segundo cabo el primero y gobernador el segundo. El capitán general don Francisco de P. Vasallo permanecía fiel al gobierno y confiaba en los anteriores señores. En este sentido, no solo se proponía resistir en su puesto, sino que al saber el pronunciamiento de Cádiz, creció su ardor con lo crítico de las circunstancias, y se aprestó á ir á aquella ciudad en ayuda de las fuerzas que suponía defenderían á la Reina. No participaba con respecto á Cádiz de menos ilusiones que las que tenía confiando en las autoridades subordinadas á él en Sevilla. En el momento de disponerse para combatir la revolución, se vió preso en ella. El general Izquierdo efectuó el pronunciamiento de Sevilla, disponiendo de tal modo de todas las fuerzas, que Vasallo se encontró sin elementos para combatir, aun sin la caballería para retirarse con la artillería rodada, evitándole transigir con la sedición; por lo que resignó el mando en Izquierdo, y aceptó el vapor que le condujo á Gibraltar. Izquierdo quedó al frente de la capitania general y de general en jefe del ejército de Andalucía, Nouvilas de segundo cabo, nombróse á Peralta gobernador civil, se propagó la insurrección por todo el distrito, y se empezó la organización de su ejército, que era lo que más importaba, pues ya se sabía que Pavía salió el 20 de Madrid.

No tenían interés los que se habían puesto al frente de la revolución en que progresaran las pequeñas partidas, y menos que juntas como la de Sevilla, modificaran las declaraciones hechas en Cádiz, en las que no se proclamaba la libertad de cultos, de tráfico é industria, la reforma de los aranceles hasta que pudiera establecerse la libertad de comercio, la abolición de la pena de muerte, la supresión del artículo de la Constitución concerniente á la religión del Estado, el título relativo á la dinastía, la abolición de quintas y matrículas de mar, organizando el ejército con alistamientos voluntarios, el destanco de la sal y del tabaco, unidad de fueros y Cortes Constituyentes. Esto era usurpar poderes y atribuciones é introducir el desorden. Había asuntos más importantes á que atender. Novaliches había atravesado el 21 la cordillera de Despeñaperros, y Serrano con las tropas que pudo reunir salió de Sevilla para Córdoba.

Seguía avanzando Pavía, y el 24, en Andújar, dijo á sus soldados que sus compañeros habían faltado á sus deberes haciéndose instrumento de pasiones y miras personales, sin tener en cuenta los males que podrían acarrear á la patria; que confiaba en su disciplina y entusiasmo, fueran generosos y mirasen á aquellos habitantes como á sus conciudadanos, amantes de la Reina, de la Constitución y del orden. A los andaluces les dijo que iba á asegurar el orden interrumpido por errores políticos y ambiciones personales; que la revolución no se contendría en los límites á que sus jefes la querían conducir, y que no se dejaran alucinar ni intimidar.

Serrano salió de Córdoba con un lucido ejército superior en infantería al de Novaliches que contaba con unos 9,000 infantes, 1,300 caballos y 32 piezas. Inmediatas ambas fuerzas, y fracasada la misión que llevó Vallín de recordar á algunos individuos del ejército del gobierno sus compromisos, lo cual le costó la vida, aun fué Ayala con una carta para Pavía, en la que, explicándole lo inconveniente de la resistencia, le invitaba en nombre de la humanidad y de su conciencia le dejara expedito el paso.

Novaliches contestó mostrando su dolor porque se hallara el duque al frente del movimiento, y tener que cruzarse las bayonetas entre camaradas, en una lucha que no había provocado, que podría evitarse reconociendo todos la legalidad existente.

Imposible la avenencia, aprestáronse á la lucha: apoderóse oportunamente Caballero de Rodas del puente de Alcolea, cuyo nombre toma de unas ventas en que se apoya su estribo derecho; Lacy, encargado del ataque contra la izquierda de Serrano, llegó, sin saberlo, á rebasar sus avanzadas; conferenció con Serrano que pudo retenerle prisionero, y á su brigada; prefirió la muerte á entregarse; caballeroso el duque, le permitió retirarse con su fuerza, dándole palabra de no

romper el fuego sin avisarle con anticipación; fué generalizándose el combate; se empeñó mortífero y casi á quema ropa en algunos puntos; se mezclaron las bayonetas de ambos combatientes; hubo momentos de indecisión por creerse que se pasaba un batallón de los pronunciados; en el bosque, donde hacía más de tres horas que se peleaba con coraje, cesó el sangriento bregar, cediendo el campo las fuerzas del gobierno, sin municiones una gran parte: supo abrumar Serrano á aquellas tropas separadas de las del grueso del ejército, y obtuvo un triunfo importante.

Pero no estaba allí el objetivo de la batalla, sino en el puente de Alcolea. A él avanza la columna del ataque arma al brazo: ya próximos unos de otros, gritan los del puente; viva la libertad!; les contestan los acometedores; viva la Reina!; ¡á dormir á Córdoba!; vacila á la descarga la cabeza de la columna acometedora, replégase, se sostiene el fuego, le aviva la presencia de Novaliches, que se pone delante victoreando á la Reina, llevando á su tropa á ganar el puente, y gravemente herido en la boca, le reemplazó el general Paredes en el mando, desistiendo del ataque al puente. «La primera columna, han dicho testigos presenciales, que estaba empeñada sobre el puente con un montón de cadáveres de hombres y caballos al rededor, que la embarazaban, pudo parapetarse á lo largo de los pretilos, y en esta posición que los liberales no atacaron con empeño de desalojarla, sostuvo hasta poco más de las ocho un vivo fuego de fusilería. La artillería continuó arrojando algunos proyectiles huecos sobre el campo enemigo, pero el combate continuaba sin vigor ni objeto determinado. Ni los realistas, ni los liberales, hacían esfuerzo alguno serio para desalojarse de sus posiciones respectivas. A las ocho y media cesó el fuego, y los dos ejércitos acamparon en el sitio que cada uno ocupaba.» El general Paredes ordenó la retirada hacia el Carpio, de donde había salido aquella mañana, y se emprendió á media noche, permaneciendo toda ella en el campo los heridos; pues las cuatro compañías de Alcántara que fueron á recogerlos y los muertos, se pasaron á los pronunciados, así como los escuadrones de Montes. Las bajas de uno y otro ejército se calcularon en 900.

La revolución podía ya ostentar el derecho de la victoria al ver á la mañana siguiente que el enemigo dejaba el paso libre para Madrid. Procuró Serrano que se le uniera aquel ejército, en el que estaban de su parte algunos jefes, y á virtud del consejo celebrado en la villa del Río el 1.º de octubre, se enviaron parlamentarios al duque para que declarase si sostendría el trono de la reina doña Isabel II y su dinastía, en cuyo caso toda la división se pondría á sus órdenes, y no accediendo á la anterior proposición, le exigiesen una capitulación honrosa, y si se negase, se propusiera la entrega á discreción de unas tropas que no habían sido vencidas, pero á las que la fatalidad obligaba á retirarse y tomar la defensiva, conservando la conciencia de su fuerza. Desempeñaron bien su misión los parlamentarios Trillo, Golfin y Espina, á los que contestó Serrano que no podía ligar su porvenir á una declaración contraria á las manifestaciones del pueblo y del ejército; que nadie como él había querido á la Reina, pero que nadie tampoco había lamentado más y expuesto los excesos políticos á que la condujeron sus últimos gobiernos; que no había desnudado su espada para derribar el trono, sino que fiel á sus antecedentes y compromisos, buscaba el voto popular que había de resolver la cuestión iniciada en Cádiz. Deseó hallar una fórmula aceptable á todos, ofició al general Paredes que se había apelado al sufragio universal, y él había de resolver la cuestión política, y si fuese la voluntad nacional que reinase ó no en España doña Isabel II; aseguraba espontáneamente para que lo hiciera saber á las tropas de su mando, que en nada habían desmerecido á sus ojos ni á los del país, y en su deseo de hermanar al ejército, concedía al de Novaliches la misma gracia otorgada al de su inmediato mando. Unidos ambos ejércitos, continuó Serrano su marcha á Madrid, á la que ya no había de oponerse el menor obstáculo.

En la corte, en tanto, reinaba la confusión y el desaliento. Solo la Reina estaba animosa; hasta pretendió ir á Cádiz. Vióse contrariada en sus repetidas tentativas para regresar á Madrid; el pronunciamiento de los vapores *Colon*, *Caridad* y *San*

Francisco de Borja, que acababan de dejar á San Sebastian y Pasajes, fué un contratiempo, que neutralizó en algo la noticia de la entrada de Calonge en Santander y las esperanzas que se fundaban en el ejército que guiaba Novaliches. Aun se formaron proyectos insensatos para hacer frente á la revolución, ó asegurar á la Reina. Don Sebastian, Heredia-Espínola, y algunos otros, comenzaron á agitar los elementos absolutistas con la idea de armar al país vasco-navarro, y no fué Dorronsoro, diputado general á la sazón, y que tan importante papel desempeñó despues en el campo carlista, el que menos contribuyó á que no se ejecutara un plan que calificaba de absurdo, y que rechazó la mayoría de las tres diputaciones forales.

Empeorando cada día, cada hora, la situación de la monarquía, falta de acertado consejo y de feliz ingenio, que no lucía seguramente en los que la rodeaban; pensándose ya en la abdicación de la Reina para encomendar la defensa de su hijo á Espartero, se supo en la mañana del 29 el resultado de la batalla de Alcolea, y se consideró perdida toda esperanza. Pero no se tomaba resolución alguna; y á las indicaciones de Concha sobre la marcha de la Reina á Francia, se contestó negativamente. En la real familia todo era irresolución; en los cortesanos aturdimiento; todos estaban abrumados por el peso de la desgracia. Llegó el telegrama anunciando el pronunciamiento de Madrid, y despues otro mas expresivo de la definitiva caída de los Borbones y de la constitución de una junta revolucionaria; recibieron partes de nuevos pronunciamientos inmediatos; pasóse la noche en la mayor ansiedad, é informada la Reina de todo, dispuso su marcha, que se efectuó al medio día siguiente, dando el Rey el brazo á la Reina que no podía ocultar las lágrimas que corrían por sus mejillas. Al bajar lentamente la escalera del alojamiento real, se veía detenida en cada escalón por la gente que la despedía: abrazaba á las señoras, volvía á abrazarlas, costábale trabajo avanzar un paso, como si temiera dejar el suelo que pisaba por última vez como soberana, y la sinceridad de tan profundo sentimiento, le infundió en cuantos presenciaron aquella conmovedora escena, anegándose en llanto los ojos de todos; lloraban hasta los soldados de la guardia ordinaria de palacio. No quiso la Reina se cubriera la carrera ni hiciera salvas la artillería del castillo. La multitud que se apiñó al tránsito hasta la estación, la vió marchar en medio del mas edificante silencio.

Las autoridades y corporaciones la acompañaron hasta Irun: al despedirse dijo la Reina: *Creia tener mas raíces en este país.*

La real familia fué á Pau, cuna de los Borbones, al cumplirse justamente los 35 años del reinado de la hija de Fernando VII, despidiéndola San Sebastian, uno de los primeros pueblos que la proclamaron y que tanto la defendió. *Sic transit gloria mundi.*

En Pau firmó al día siguiente la apasionada protesta de que «obedecía á fuerza mayor al abandonar su reino, sin deber de perjudicar, atenuar, ni comprometer la integridad de sus derechos, sin que los actos del gobierno pudieran en manera alguna menoscabarlos, y menos aun las resoluciones de sus asambleas, que habían de formarse necesariamente bajo el impulso de los furros demagógicos, con presión manifiesta de las conciencias y de las voluntades.»

La culta San Sebastian esperó la marcha de la Reina para pronunciarse.

Si el marqués de la Habana, cuando se encargó del ministerio, pudo decir que le dieron un cadáver, siendo ya la cuestión de fuerza, poco podía hacer al ver que «ni uno solo de los muchos oficiales generales que residían en Madrid, se le presentó entonces, ni aun despues, con el objeto de pedir un puesto para combatir la revolución.»

Algunos pretendieron negociar con el comité de Madrid, que se ocupaba en tanto de impedir que al estallar la sublevación en esta villa, hubiera el menor desorden, por lo que no fué acertado seguramente desterrar á los que en tales disposiciones se ocupaban. No obedecieron, lo cual podía importar poco al gobierno, porque perdida la batalla eran garantía de orden, y triunfando el gobierno, lo mismo harían dentro que fuera de Madrid.

De todos modos, la digna alocución del marqués del Duero á los madrileños publicada en la Gaceta del 29, el comportamiento del comité y de cuantos le ayudaron, fué laudable, y contribuyó á que el pronunciamiento de Madrid, se efectuara sin punibles excesos, pues si algunos, muy pocos, se contaron, no tuvo parte en ellos el pueblo, que se constituyó en custodio de la propiedad pública y privada. Cuando se vió armado, y sin autoridades apenas, fué modelo de cordura y de patriotismo y escribió una gloriosa página mas en su siempre gloriosa historia. Bastó á su poderío la pueril satisfacción de derribar las coronas que ostentaban las muestras de las tiendas de los proveedores de la Real casa. Sin la intervención oficiosa de quienes nada tenían que ver con el comité, ni nada habían hecho, no se hubiera saqueado el parque, para vender algunos las armas, ni se asaltarán algunas tiendas de armeros, armándose así turbas de malos instintos que fueron contenidas por el mismo pueblo.

Y pudo haber un conflicto, ya que no había enemigo que combatir; pues se constituyó en el ministerio de la Gobernación una junta democrática que se puso en frente de la formada en el ayuntamiento. Ambas se consideraban con igual derecho, se transigieron diferencias, se unieron, se proclamó la destitución de los Borbones y la incapacidad de todos para ocupar el trono, y se atendió á cuanto el orden público exigía, ayudando perfectamente á la junta central las juntas de distrito, que en todos se formaron.

Efectuó á poco el duque de la Torre su entrada en Madrid, que fué verdaderamente triunfal; arengó desde el ministerio de la Gobernación á la apiñada multitud que le aclamaba; pidió grandes sacrificios y virtudes para consolidar la revolución; peroró también Rivero, abrazando al duque para significar con aquel acto la armonía de sentimientos, ya que no la hubiera en las aspiraciones, por la divergencia que en los principios de ambos había; pidió el duque á la junta autorización para formar el ministerio, que concedió, á pesar de la oposición de algunos, y negándose Cantero á entrar en él hasta la llegada de Prim, quedó Serrano de ministro universal y de la Guerra. Como un acto de respetuosa deferencia, púsose á las órdenes del duque de la Victoria para formar el nuevo gabinete, contestándole que «los que concibieron, iniciaron y habían llevado á cabo la revolución, eran los que debían formar el gobierno provisional, y á todos los demás tocaba apoyarlos, así como también acatar y defender la ley fundamental que la nación hiciera en uso de su soberanía.»

En Madrid parecía olvidarse por algunos lo que se pactó en Cádiz; de aquí el deseo por parte de los progresistas de que llegara Prim, cuyo viaje por la costa fué venturoso, á pesar de los esfuerzos del general Gasset que mandaba en Valencia y resistió cuanto pudo el pronunciamiento de esta ciudad, creyendo conseguir en ella lo que en Alicante, Alcoy y Murcia.

Prim no quería ir á Madrid sin tener asegurada la revolución en Cataluña ya que la tenía en Valencia, y siguió embarcado á Barcelona, que había efectuado su pronunciamiento en cuanto supo el de Madrid. No tuvo el pueblo catalán la calma que el conde de Chestre recomendaba; invadió algunos edificios públicos quemando régios retratos; incendió también las casillas de los guardas de consumos; constituyó una junta revolucionaria, mas bien impuesta que elegida, aunque fué aclamada; intimó al capitán general se adhiciese ó resignase el mando, á lo que contestó dando consejos y enviando fuerzas al mismo tiempo á ocupar los puntos invadidos por los pronunciados, verificándolo sin colisión; y al cabo de algunas horas de incertidumbre en autoridades y revolucionarios, desapareció Chestre de Barcelona, dejando el mando al general Bassols. Entonces se instaló definitivamente la junta, sustituida despues por otra elegida por el sufragio universal; y como si nada hubiera que hacer, se ocupó en extinguir los jesuitas, el cuerpo de mozos de escuadra y la policía, incendiar el *pointon* que había hecho derramar muchas lágrimas, nombrar las corporaciones populares, y cuando la Reina salió de España se pronunció el ejército, bien necesario para contener las excitaciones federales.

No fué menos útil la presencia de Prim, al que se arrojaron